

KUNZ, Marco. *El final de la novela. Teoría, técnica y análisis del cierre en la literatura moderna en lengua española*. Madrid: Gredos, 1997. 430 pp. (ISBN: 84-249-1848-7)

El final de la novela de Marco Kunz despierta las expectativas de una profecía o una elegía con motivo del ocaso del género más popular de la literatura contemporánea; el subtítulo aclara inequívocamente que se trata de un estudio sobre *las terminaciones de las novelas*. El tema es, por tanto, menos espectacular, pero no carece, en absoluto, de interés. La importancia del final en la narración ha sido subrayada en muchas ocasiones, y existen estudios sobre el final de obras determinadas; sin embargo, pocas veces se ha tratado de forma sistemática. Kunz propone algunas ideas para adentrarse en este terreno, extrayendo abundantes ejemplos de la narrativa española contemporánea. El principal valor de este libro se fundamenta en la selección de un corpus enormemente amplio. El trabajo analítico que se propone —la distinción de conceptos y el elenco de recursos utilizados en los finales de novelas, junto con el estudio de algunos casos particulares— se realiza, por tanto, sobre tan gran cantidad de relatos que no se puede dudar de su valor representativo.

Como es corriente en todo trabajo pionero, en primer lugar trata Kunz de definir cuál es el objeto de su estudio, y así distingue entre “cierre” y “desenlace”: el primero es el último segmento del texto, inmediatamente anterior al punto final; el segundo, los últimos acontecimientos de la historia narrada. Otra distinción importante es la que se refiere al “epílogo”: en primer lugar, Kunz distingue entre los epílogos extraficcionales (“postfácios”), que no pertenecen propiamente a la novela, y los epílogos ficcionales, que sí han de tratarse como “cierre” del texto. Más allá del plano textual está el aspecto del “acabamiento” o la “fragmentariedad” de una novela: es la cuestión de si esta se presenta con una forma definitiva querida por el autor (aunque sea fragmentaria). “Clausura”, por el contrario, sería el término utilizado para expresar la unidad y cohesión de una obra, que permite al lector realizar una interpretación coherente. La dicotomía de final “cerrado vs. abierto” es discutida y relativizada: en primer lugar, se señala la confusión terminológica, puesto que unas veces la pareja de términos se refieren a la “comprensibilidad” del texto, otras, a la estructura de la historia.

La segunda parte del libro consiste en una descripción de los principales “recursos terminativos”. Se presentan separados en recursos *éticos* (exteriores a la obra literaria) y *émicos* (interiores o “formales”). En realidad, Kunz duda de la validez de la distinción, y los recursos “éticos” (presentación tipográfica peculiar, colofón, títulos que indican la terminación, despedida del narrador) se liquidan en pocas páginas; se desarrolla entonces un enorme elenco de “aspectos interiores” que marcan el “cierre” del texto (no se trata aquí —en principio— del “desenlace”, y sólo tangencialmente de la “clausura”): por el tipo de discurso, por la estructura de la trama, por procedimientos estilísticos, retóricos, efectos visuales y acústicos (oscuridad, fundido, silencio), insistencia en elementos que denotan o connotan “terminación” (atardecer, otono, caída, etc.), cambios de nivel narrativo (o bien alcance del tiempo narrado al presente de la narración), aparición de epílogos, etc. Kunz los enumera en varias páginas, y a continuación procede a describirlos particularmente. Es en esta sección donde hay mayor abundancia de ejemplos.

Aquí se revela una de las principales dificultades del objeto de estudio que Kunz se ha propuesto: la interrelación de los elementos y de las categorías descritas a lo largo del libro. En primer lugar, el propio Kunz admite que muchos de los recursos *émicos* son, simplemente, elementos expresivos que adquieren su carácter "terminativo" porque aparecen en las últimas líneas de la novela. En segundo lugar, hay algunos recursos que no se explican sin su conexión con toda la historia narrada (los clasificados como "estructura de la trama", y también los de "circularidad" o "acentuación del carácter conclusivo"). En algunas ocasiones el "cierre" da la impresión de "clausura", es decir, culminación de la obra. Y, sin duda, resulta llamativo es el modo en que se interrelacionan cierre del relato y desenlace de la historia, dos nociones que se había intentado distinguir idealmente, pero que se confunden en el análisis; de hecho, Kunz necesita resumir novelas enteras (la historia narrada) para poder analizar el "cierre" (el final del texto). Además, al hablar de "desenlace", "justicia poética", "happy end", y también de "acentuación" o "relatividad del carácter conclusivo" (por medio de muertes o catástrofes, o de declaraciones ambiguas o inciertas), no es difícil acercarse a las nociones de "final cerrado o abierto", que se habían rechazado por vagas.

Por último, Kunz ofrece un estudio detallado de algunas de las formas de terminación más peculiares de la narrativa contemporánea, con el capítulo "Circularidad y apocalipsis: la metaficción y el final de la novela". Llega a la conclusión de que la circularidad (la conexión del cierre con el inicio) y la *mise en abyme* (la reduplicación del texto en el texto mismo, dando lugar a una estructura infinita) son medios de "atenuar el final", y se han convertido en tópicos cierres de las novelas actuales. Por último, bajo el título "Disoluciones, cataclismos, apagones..." se dedica un capítulo a cuatro novelas que no atenúan, sino que intensifican el final, con cierto carácter "apocalíptico": *Cien años de soledad* de García Márquez, *Fragmentos de apocalipsis* de Torrente Ballester, *Juan sin Tierra* de Juan Goytisolo, y *Larva. Babel de una noche de San Juan* de Julián Ríos. En estas novelas se destruye el mundo ficticio, o se rompe el código lingüístico (*Juan sin Tierra* pasa del español al árabe en su cierre), e incluso el lenguaje (*Larva* termina con una página negra).

El libro de Marco Kunz tiene el valor de un amplio acercamiento sistemático al tema de las terminaciones de las novelas, con una gran cantidad de ejemplos. También es destacable la propuesta de una cierta aclaración conceptual y terminológica; pero, aunque no cabe dudar de la necesidad de esas aclaraciones, sí puede discutirse el acierto de las elecciones de Kunz, particularmente del término *cierre* para designar la última parte del texto, pues está ligado semánticamente a muchas de las nociones que él desestima como objeto de su estudio: "clausura" (perfección), "final cerrado" (definitivo), texto "cerrado" (hermético). De todas formas, el problema más sustancial era el de delimitar ese "cierre", y este se ha solucionado con más flexibilidad: "la cuestión del principio del final se revela irresoluble. Podemos considerar como segmento final una palabra, una frase, un párrafo o un capítulo entero" (28-29). Quizá habría aportado más luz de haber considerado esta cuestión teniendo en cuenta la historia narrada, y no sólo la formulación textual.

Esa misma limitación atraviesa todo el estudio: al eliminar la problemática del "desenlace", es decir, de la solución —o falta de solución— de la historia narrada, el aná-

lisis se circunscribe a hechos obvios —el cierre es “el último segmento antes del vacío que sigue al punto final” (28)— o bien a recursos estilísticos que, como el propio autor advierte (162, 163, 175, 187...), no connotan terminación por sí mismos, sino que intensifican la sensación de que se acerca el final, sensación que proviene en primer lugar de la constatación de que no hay más páginas en el volumen.

Además, el estudiar los “cierres” aislados del resto de la novela impide que su estudio tenga algún valor interpretativo —ya se sabe que se escribe al final lo primero que se había pensado decir—. La tipología de finales podía haberse conectado con una tipología de tramas, y descubrir así algún elemento de la gramática narrativa contemporánea, fijar algunas convenciones (y, a la vez, la posibilidad de romperlas). Y, si no se ha utilizado los finales para interpretar los textos, mucho menos se ha hecho de ellos síntomas del pensamiento de los autores o de la cultura contemporánea: a propósito de las “novelas apocalípticas”, se advierte que no se estudiará “la temática apocalíptica” generalizada “en nuestra época traumatizada por amenazas existenciales”, ni “el pensamiento escatológico de los autores tratados” (317).

De todas maneras, estas observaciones son sencillamente una advertencia para el lector: que no ha de buscar en la obra de Kunz profundas especulaciones; y no constituyen un juicio condenatorio del libro, puesto que se alcanzan en buena medida los objetivos que el autor había propuesto: “unos prolegómenos al estudio del final en la literatura narrativa” (385), distinguiendo aspectos básicos, clasificando recursos y sondeando algunos casos peculiares. El logro de la claridad en la distinción y clasificación es discutible; pero no se puede poner en duda que *El final de la novela* es un muy valioso acopio de materiales narrativos que dejan preparado el terreno para quien acepte la invitación que se lanza al final: “empezar a cultivarlo”.

Luis Galván
Universidad de Navarra

CONESA, Francisco y Jaime NUBIOLA. *Filosofía del lenguaje*. Barcelona: Herder, 1999. 319 pp. (ISBN: 84-254-2086-5)

Como los propios autores señalan ya desde las primeras páginas, “el lenguaje es algo tan connatural que cuando alguna de sus sorprendentes características llama nuestra atención todos nos consideramos un poco filósofos” (13). Este es precisamente uno de los méritos principales de este libro, el hecho de que no se restringe únicamente a quienes se dedican científicamente a la filosofía, sino que se propone una meta mucho más ambiciosa: acercar una disciplina tan específica como la filosofía del lenguaje a cualquier persona interesada por el tema, con la intención de despertar su interés y provocar una pequeña reflexión acerca de sus prácticas comunicativas.

El enfoque divulgativo y, al mismo tiempo, científico y riguroso con el que estos dos autores han acometido la no fácil empresa de elaborar un manual de filosofía que resulte accesible para los no filósofos es ya de por sí una iniciativa digna de alabanza que agradecerán no pocos lectores. Por otra parte, es precisamente esta amplitud de miras y la defensa de un enfoque multidisciplinar en el estudio de la filosofía una de